

INCORPORACIÓN DEL ACADÉMICO TITULAR
DOCTOR LUIS MUSCOLO

SITIAL N° 9
“Carlos E. Ottolenghi”
3 de noviembre de 2022

PALABRAS DE APERTURA DEL ACTO
POR EL SR. PRESIDENTE DE LA ACADEMIA,
ACAD. JUAN A. M. MAZZEI

La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires se reúne hoy para llevar a cabo el acto más significativo de su actividad: la recepción de un nuevo académico de número, tal como ha sido una tradición a través de sus doscientos años de existencia.

En esta ocasión, la Academia abre sus puertas al doctor Luis Muscolo, quien ocupará el sitial número nueve, dado que el académico Eduardo Zancolli, quien antes lo ocupaba, pasó el 25 de noviembre de 2021 a la categoría de académico emérito.

Como establecen sus estatutos, el Plenario Académico del 28 de julio de 2022 decidió que, por sus méritos personales, el doctor Dr. Luis Muscolo accediera a este sitial.

Este lleva el nombre «Carlos E. Ottolenghi y fue ocupado anteriormente, desde la fundación de la Academia, por ocho académicos, los Doctores Juan Carlos Durand, Nicanor Albarellos, Juan Ramón Fernández, Antonio Canuto Gandolfo, Armando Rafael Marotta, José Valls, Carlos Ottolenghi, Eduardo A. Zancolli. Por lo tanto, el Dr. Domingo Luis Muscolo es el noveno en acceder a él.

La elección del nuevo académico ha seguido un procedimiento minucioso, a partir de la propuesta de candidatos por la sección de Cirugía y, finalmente, por el Plenario Académico.

Este Plenario, formado por los académicos titulares, estudió los antecedentes, intercambió opiniones, valoró no solo los méritos profesionales sino también la envergadura moral y la trayectoria social del candidato, con una conducta ejemplar, de acuerdo con los principios de la ética.

Esto explica por qué la Academia ha cumplido doscientos años al servicio de la medicina y de nuestro país. La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires es la más antigua de América. Fue creada en 1822, durante el Gobierno de Martín Rodríguez, por iniciativa del Ministro de Gobierno Bernardino Rivadavia a imagen y semejanza de la Académie National de Médecine de Francia. Este imponente salón de actos, que hoy nos acoge, tiene cuatro conjuntos escultóricos de Antonio Peretti, alegóricos al ejercicio de nuestra noble profesión. Esta solemne cúpula fue diseñada y construida tomando como modelo la de la Academie Nationale de Medicine de Francia, la que, a su vez, se inspiró en la cúpula del Panteón de Roma, el que fue construido en 27 a. C. por Marco Vipsanio Agripa, en homenaje a su suegro el emperador Augusto, y reconstruido, luego de su destrucción, entre los años 118 y 125 de nuestra era, por el emperador Adriano.

Desde el tiempo de los romanos, la enorme concavidad de la cúpula ha llamado la atención no solo por la magnificencia sino también por la innovación para la arquitectura de la época; fue uno de los primeros edificios construidos con hormigón.

La Academia Nacional de Medicina, como es tradición, brindará al nuevo académico el clima de respeto por sus creencias y opiniones, libertad intelectual y el afecto de sus pares.

El académico Julio V. Uriburu, quien fuera ilustre presidente de honor en ocasión del discurso de recepción de varios académicos, expresó que «el sitial académico no es un cargo o función como muchos de los que habéis tenido hasta ahora, es un galardón máximo que se alcanza en la carrera y al que se debe acceder con la fe de un cruzado, [...] no es una mullida poltrona dada como recompensa, luego de una meritoria labor de toda una vida, [...] desde ahora en

más, deberéis ocuparos -como lo hacen vuestros pares- de trabajar para la Academia, que hoy os recibe con beneplácito».

La academia de Platón funcionaba fuera de los muros de Atenas. En la época clásica, se la denominaba '*Akademeia*', vinculándosela con el héroe ateniense del mismo nombre, el legendario Academo. La tradición decía que, junto a la tumba de este personaje, había un bosque sagrado, que habría sido el lugar en el que Platón decidió fundar su academia.

En el sello oficial de nuestra Academia, que rodea la figura de Esculapio, se halla transcrita la leyenda que proviene de las *Epístolas*, de Horacio y que define los propósitos de nuestra honorable corporación «Buscar en el bosque de Academo la verdad». Estoy seguro que el nuevo académico dará lo mejor de sí para cumplir este mandato. Académico Luis Muscolo, pido a Dios que lo acompañe en esta nueva etapa de su vida.



Acad. Juan Antonio Mazzei y Acad. Luis Muscolo.

DISCURSO DE RECEPCIÓN POR EL ACADÉMICO DR. VICENTE GUTIÉRREZ

Agradezco al Señor Presidente el honor que me ha conferido para decir estas palabras de bienvenida al Dr. Luis Muscolo, quien desde hoy ocupará el histórico

sitial N°9, sucediendo al Académico Emérito Eduardo Zancolli, de destacada actuación durante más de 37 años.

La elección de un nuevo miembro de la Academia es una alta responsabilidad del plenario Académico. Para ello delibera varios meses, con no menos de tres votaciones. Este meditado sistema de selección explica que la Academia, fundada solo 6 años después de la jura de nuestra Independencia, cumpliera dos siglos de vida, superando las múltiples crisis de un país en vías de desarrollo.

Desde 1889 la presentación de un nuevo académico se hace en una sesión solemne, como la de hoy, con la Academia iluminada a pleno y sus puertas abiertas de par en par.

Luis Muscolo nació en Buenos Aires en un hogar que heredara tradiciones vascas e italianas. Su padre, distinguido ortopedista formado en el Instituto Rizzoli de Bologna, junto a su madre, le brindó una infancia feliz y una educación de alto nivel.

Siempre supo que quería ser médico y desde el segundo año de la carrera, como ayudante de su padre, conoció la vida de un cirujano y las emociones del quirófano.

Recién graduado en la Universidad de Buenos Aires en 1966, según consejos paternos, hizo una pasantía en cirugía general. Fue durante ese periodo que conocí al Dr. Muscolo, sin imaginar que 56 años más tarde estaríamos en el mismo estrado, compartiendo una cumbre en su carrera médica.

Bajo la dirección del Dr. Carlos Ottolenghi, desde entonces su maestro y mentor, cumplió el programa de la residencia, continuando como jefe e instructor de médicos residentes.

Un paso fundamental, tal vez de los más importantes de su vida según sus propias palabras, fue cuando becado, viajó en 1973 a Chicago con el fin de estudiar biodinámica ósea en la Universidad de Illinois, continuando 4 años como Ressearch Associate en los laboratorios de Inmunobiología, de trasplantes osteoarticulares y de distintas áreas de los tumores musculoesqueléticos.

Estando en el University Hospital asistió a una presentación del cirujano japonés Masaki Watanabe, el primero en el mundo en hacer una artroscopia. Al mismo tiempo, Ottolenghi en Europa, se interiorizaba de esta nueva técnica mínimamente invasiva. Sin demoras y en un gesto de nobleza, Ottolenghi compró el instrumental y lo puso a disposición del hospital y de su discípulo.

En 1978 Luis Muscolo regresa al Hospital Italiano y es designado Jefe de dos nuevas Secciones. En la de Cirugía Artroscópica de la Rodilla, fue el iniciador en nuestro país de esta revolucionaria cirugía.

En calidad de Jefe de la Sección Ortopedia Oncológica, continuó desarrollando los trasplantes óseos iniciados por Ottolenghi y Luis Petracchi en 1950. Fue director del primer banco de huesos reconocido por los precursores del INCUCAI y participó en la primera ley de trasplantes de nuestro país. Los trasplantes cambiaron el tratamiento de los osteosarcomas, logrando que la cirugía conservadora desplazara a las amputaciones, hasta entonces, la técnica más utilizada.

En 1990 es Subjefe y en 1995, Jefe del Servicio de Ortopedia y Traumatología. En estas nuevas funciones asumió la responsabilidad de dirigir la primera residencia de ortopedia inaugurada en nuestro país y la primera acreditada como programa universitario. Pudo cumplir plenamente con sus objetivos de estimular a los residentes en actividades científicas y que asistieran al congreso anual de la American Academy of Orthopedics and Traumatology, máximo foro mundial de la especialidad. Tal fue así, que, en uno de estos congresos, los residentes del Hospital Italiano fueron invitados a presentar su trabajo desde el podio, distinción inusual aun para norteamericanos.

Difundidas las exigencias del programa de la residencia, estableció que para aspirar a ser médico de planta se requería haber iniciado un enfoque académico de la especialidad y rotado en el exterior no menos de 6 meses en un centro de prestigio, quedando bien aclarado, que la simple antigüedad no es un mérito.

De los numerosos residentes que viajaron al exterior, muchos financiados por el mismo servicio de Ortopedia, 3 optaron por quedarse en una carrera académica y son orgullo para sus maestros del Hospital Italiano. Alejandro González Della Valle es Jefe de Cirugía de cadera y rodilla en el Hospital for Special Surgery de la Universidad de Cornell (New York), Cecilia Pascual Garrido, de quien Muscolo fuera padrino de tesis, profesora en la Washington University de St. Louis y Nicolás PiuZZi Profesor en la Cleveland Clinic de Ohio.

Otra muestra del continuado crecimiento del Servicio de Ortopedia es que en la actualidad trabajan 164 médicos, sumando los de planta, residentes, fellows y becarios.

Todo cirujano académico, al mismo tiempo de su actividad asistencial desarrolla una carrera docente. Luis Muscolo la inició con una tesis de doctorado calificada sobresaliente. En 1997 es Profesor Adjunto en la Universidad de Buenos Aires, en 2005 Profesor Titular y al año siguiente director de la carrera de Especialistas.

Pero ser profesor no es solo enseñar en el pregrado y formar médicos residentes; implica también incentivar a quienes han demostrado vocación por la vida académica. Luis Muscolo fue director de siete tesis de doctorado y se retiró de la cátedra quedando cinco profesores de la Universidad de Buenos Aires encabezados por Miguel Ayerza como Profesor Titular, a los que se suman dieciséis docentes en la Escuela de Medicina del Hospital Italiano, moderna estructura educativa de reconocida excelencia.

Otra original generosidad docente junto los médicos de planta, fue organizar con el apoyo de una empresa farmacéutica, que más de 250 ortopedistas del interior del país, lograran una rotación en el Hospital Italiano.

La tercera condición de un cirujano académico es la investigación. No hay medicina académica sin investigación y todo profesor universitario debe ser parte de los programas de investigación. Luis Muscolo planeó su carrera con precoz vocación en los laboratorios de investigación. .

Desde 1980 es director del Centro de Investigaciones y Estudios Ortopédicos y Traumatológicos fundado por un convenio entre el Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), la Fundación Ottolenghi y el Hospital Italiano. Por ese centro pasaron decenas de becarios, médicos residentes, tesis y rotantes de EE. UU., España, Japón, Alemania, Italia y casi todos los países Latinoamericanos.

En 1995 fue designado Investigador principal del CONICET y poco más tarde presidente de la Fundación Ottolenghi para el progreso de la ortopedia y traumatología.

Fue uno de los responsables, nuevamente junto a sus médicos de planta, de la construcción de un edificio de cinco pisos frente al hospital, destinado a laboratorios, aulas y consultorios.

Sería largo relatar su producción científica. La medida del valor está reflejada en 98 trabajos indexados en PUBMED, provenientes de revistas internacionales con alto impacto y 87 indexados en LILACS (Literatura Latinoamericana y del Caribe en Ciencias de la Salud).

Una cuarta responsabilidad en la medicina académica es integrar sociedades científicas, comités editoriales y reuniones internacionales.

En estas actividades, ser elegido para funciones directivas es un signo de confianza de los pares. Luis Muscolo fue fundador y primer presidente de la Asociación Argentina de Artroscopia, de la Asociación Argentina de Ortopedia Oncológica, presidente de la Asociación Argentina de Ortopedia y Traumatología en dos períodos, del Congreso Argentino en 2006 y presidente honorario en 2010.

Es además Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, cuyo presidente, el Dr. Bartolomé Allende nos acompaña en el estrado

En el exterior ha sido conferencista, consultor externo y profesor visitante de prestigiosos hospitales como el Johns Hopkins, la Mayo Clinic y la Cleveland Clinic, de Universidades y de entidades científicas de América, Asia y Europa.

Al margen de las publicaciones, ha sido editor y revisor en revistas nacionales y extranjeras, así también autor de 14 capítulos en libros internacionales.

La vida de un cirujano académico tiene momentos de intensa tensión, así como otros de inmensa alegría, tal cual es poder curar utilizando las manos, educar permanentemente y gozar del resultado de una investigación.

Los premios otorgados por universidades, hospitales y sociedades científicas también brindan momentos de alegría y de estímulo para los coautores más jóvenes. Luis Muscolo recibió veintiocho premios entre los que se destacan seis de la Academia Nacional de Medicina y siete de la Asociación Argentina de Ortopedia y Traumatología, el premio Konex y el de Cirujano Maestro.

En el ámbito internacional fue galardonado por la Societe Internationale de Chirurgie Orthopaedique et de Traumatologie, la Association of Bone and Joint Surgeons, la Societe Internationale de Recherche Ortopedique, el American Academy of Orthopedic Surgeons, la International Society of Limb Salvage, la Innovation Conference 2009 y por la Clinical Orthopaedics and Related Ressearch de Latinoamérica.

De los tantos honores que ha recibido, hay uno invaluable. Es el estar hoy acompañado por toda su familia. Su mujer Isabel Amadeo, como desde épocas de médico residente, sus hijas Marina, Alina e Isabel, yernos y nietos.

Hasta aquí un ajustado relato, de la trayectoria del Dr. Luis Muscolo. Quedan otros atributos que redondean su figura de médico y de líder: La calidez en el trato con los enfermos, conductor sin nunca levantar la voz, incansable capacidad de trabajo y meticulosidad en la investigación.

Para ampliar el espectro de su personalidad, uno de los antiguos jefes del Hospital, me sugirió escuchar "La voz del pasillo", la de quienes compartieron años de trabajo: "El Dr. Muscolo ha sido un ejemplo insuperable de excelencia asistencial y académica". "Nos convenció con su manera de ver la realidad, de una medicina basada en la minuciosa recolección de datos y su presentación a nivel internacional". "Nos ha regalado sus principios con exigencia y justicia, dándonos cuenta a corto plazo del valor del esfuerzo". "Hombre de pocas palabras". "Espíritu crítico, estímulo constante de la excelencia, mentor de generaciones del futuro, siempre tiene una mirada distinta de las cosas". "Amigo fiel con nobleza infinita"...

Quiero finalizar volviendo al año 1853 cuando un puñado de italianos solicitaron un préstamo con su garantía personal, soñando un hospital para la colectividad. Nunca imaginaron que ese gesto de nobleza culminaría en lo que es hoy el Hospital Italiano de Buenos Aires, acreditado internacionalmente y escuela de medicina. Es el resultado de 169 años de crecimiento, en un clima de respeto y de confianza entre médicos y directivos, pilar para el surgimiento de líderes, como el académico Luis Muscolo.

Académico Luis Muscolo:

Cuando algunas personas celebran el retiro de toda actividad exigente, Ud. ha decidido iniciar nuevos rumbos en la Academia Nacional de Medicina.

Bienvenido al sitial académico desde el que sin dudas, engrandecerá la obra de sus predecesores, honrando aquella máxima de Bernardo Houssay, presidente de la Academia en 1936: “La obra humana debe ser ininterrumpida. Cada hombre debe trabajar continuamente para sí y sus semejantes, mientras permita su salud física y mental.”

Así ha sido su vida dedicada a los enfermos, a la enseñanza y a la investigación, siempre innovando y mirando al futuro. Así deseamos la continúe desde el histórico Sitial que hoy asume. Muchas gracias.

DISCURSO DEL ACADÉMICO RECIPIENDARIO DOCTOR LUIS MUSCOLO

Agradezco las palabras del Presidente de la Academia y del presentador. No conozco el contenido al escribir estas líneas, pero es probable que las considerara desmedidas.

Inducido por mis mentores siempre he sentido la máxima consideración por la Academia. Gran parte de la historia de la medicina argentina puede sintetizarse siguiendo la trayectoria de los ilustres académicos que la integraron e integran. El azar, destino u otros motivos que desconocemos han determinado recibir el honor de ser incorporado.

Honor sí, pero todo espíritu que incluya el sentido mismo de la humildad y el realismo de la vida, entiende debe conservar cierta reserva, puede ser este un sentimiento de peligro.

Mi sentir es sobre todo de compromiso. Cierta zozobra o inquietud por la envergadura del desafío.

Recién recibido ingrese al Hospital Argerich de Buenos Aires. Mi padre, mi primer mentor, con lo que eso significa, dirigía el Servicio de ortopedia. Me transmitió los principios del comportamiento médico que he intentado seguir hasta el día de hoy. Está presente cada vez que tengo que enfrentar una decisión difícil. Fallecido a los pocos meses, por su consejo previo, ingresé al Servicio de Cirugía que dirigía el Dr. Andrés Santas. Encontré una residencia médica modelo. Uno de los cirujanos, muy joven, el Dr. Vicente Gutiérrez, descollaba. El Dr. Santas lo distinguía. Me llamó la atención la consideración y respeto que todos le dispensaban.

Cuando los cirujanos esperaban con ansiedad la lista operatoria del día, el Dr. Vicente Gutiérrez se refugiaba en un pequeño laboratorio donde investigaba fisiología gástrica de los operados. Fue mi primera visión inspiradora, de la fusión asistencial con la investigación clínica junto al paciente. Lo considero, por lo tanto, uno de mis maestros.

Cursé mi residencia en ortopedia con mi segundo mentor, el Dr. Carlos Ottolenghi, y por su consejo y estímulo, me incorporé a la Universidad de Illinois, Chicago, durante unos años. Allí conocí al Dr. Ramón Leiguarda, con quien comparto amistad y recuerdos. De regreso a la Argentina mi vida médica ha sido en el Hospital Italiano de Buenos Aires.

No creo tener el don de la oratoria o el talento de la elaboración literaria como los que me precedieron. Intentaré, en breve tiempo, como la tradición establece, resumir posiblemente en forma algo deshilvanada, las contribuciones de quienes ocuparon este ilustre sitio.

En sus 200 años de vida el Sitial N° 9 fue ocupado en 8 oportunidades.

El primero fue el Dr. Carlos Durand, uno de los primeros 15 designados por Bernardino Rivadavia en 1822. Lo sucedió el Dr. Nicanor Albarellos en 1856 quien cultivó los primeros registros de la historia de la medicina y debió renunciar y exiliarse por el régimen de la época.

El tercer ocupante fue el Dr. Juan Fernández, fundador de la Maternidad Pedro Pardo, y fue sucedido por los Dres. Antonio Gandolfo y, luego, Armando Marotta, dos maestros de la cirugía argentina.

Gandolfo ocupó el sitial hasta 1931 y fue titular de la Cátedra de clínica quirúrgica. Introdujo los conceptos de la moderna antisepsia operatoria.

Lo sustituyó el Profesor Marotta, cirujano eficaz y clínico sobresaliente. Fue jefe de cirugía del Hospital Italiano. A él se debe que los sucesivos ocupantes del Sitial N° 9 fueran ortopedistas. Invitó a la Argentina al ilustre maestro italiano Vittorio Putti, quien decidió adjudicar una beca anual a cirujanos ortopedistas argentinos en el Instituto Rizzoli de Bologna.

Allí concurrió el Dr. José Valls y en 1957 ocupó este sitial, y con Carlos Ottolenghi iniciaron y desarrollaron en 1926 el Servicio de Ortopedia del Hospital Italiano. Valls, cirujano y maestro de un gran número de ortopedistas argentinos, viajó intensamente y en los comienzos de la ortopedia moderna contribuyó al conocimiento internacional de la Argentina. Lo sucedió en 1977 Carlos E. Ottolenghi.

Me resulta difícil intentar su semblanza. Saber expresar la realidad con la interferencia de la emoción de quien fue mi maestro y mentor.

Ottolenghi sintetiza a mi entender el ideal del médico. Inteligencia, sabiduría, cultura, ilustración, nobleza, visión futura. Un mentor.

Tuvo una formación inicial con grandes cirujanos de la época. A edad muy temprana tomó la decisión de aplicar y obtener su asistencia al Instituto Rizzoli dirigido por el Dr. V. Putti. El Rizzoli era considerado por el mundo la meca de la ortopedia

europea y el Dr. Putti reconoció rápidamente las condiciones sobresalientes de Ottolenghi.

Vuelto a la Argentina ingresó al Hospital Italiano y poco después asumió la jefatura del Servicio de Ortopedia. No me referiré en detalle a sus logros médicos que fueron, como sabemos, numerosos y sobresalientes. Ocupó todos los cargos universitarios y societarios en los máximos escalones. Presidió la Comisión Nacional de Rehabilitación y el Rotary Club Argentino, y fue Profesor Invitado en diversas universidades del mayor prestigio en el exterior.

Su autoridad era reconocida en todo el mundo ortopédico.

Poseía un ánimo avasallante, lleno de convicciones, y el respeto a su propia personalidad reflejaba en quien no lo conocía una apariencia de inaccesible. Sin embargo, nada más sencillo y austero que Ottolenghi en sus costumbres y proceder. Recuerdo que en una oportunidad conversaba con él sobre una excesiva ambición o vanidad de un colega. Argumenté en su defensa una inteligencia que se le reconocía destacada. Ottolenghi me miró y respondió “mira, si es tan ambicioso es difícil que pueda ser tan inteligente”.

Su consultorio semejava al Oráculo de Delfos de la Antigua Grecia, donde los atenienses tomaban decisiones de guerra o paz, solo después de consultar las pitonisas. No estoy sugiriendo facultades divinas de Ottolenghi, sino la influencia de su presencia y personalidad que confortaba a los pacientes cualquiera sea la gravedad de su dolencia. Esto generaba una natural admiración en sus seguidores, que como sabemos, es la primera condición de un maestro.

Numerosos fueron sus discípulos del país, Latinoamérica y Europa. Muchos ortopedistas argentinos lo consultaban. Otros solicitaban su recomendación y consejos para estudiar en el exterior.

Al fallecer Putti escribió un apartado con su semblanza. Una obra literaria con una prosa iluminada por la emoción del momento. A mi entender lo mejor que he leído en su género.

Curiosamente, como analizaremos más adelante, se refiere a su mentor como nosotros, los discípulos de Ottolenghi, nos referimos a su persona. Escribía: “mente abierta a ideas, ansia de progreso, intensa vitalidad. No especulaba con su prestigio, conocía detalles y rasgos de carácter de cada discípulo, severo, crítico y con disciplina férrea, que él mismo se imponía y cumplía. Utilizaba y exigía un lenguaje sintético con palabras justas”.

Ottolenghi tuvo un espíritu noble y generoso. Se define nobleza a los sentimientos elevados inclinados a ideas altruistas. La nobleza o generosidad de un maestro induce al comportamiento noble de quien lo sigue.

Su reconocido talento para conciliar, agrupar y conducir se debió a que todos sentían su intención limpia, noble. Su espíritu generoso lo hizo estimular, y muchas veces financiar discípulos a viajar al exterior en busca de áreas innovadoras. Un visionario en nuestro país en el desarrollo de sub especialidades ortopédicas.

Fue, por lo tanto, un hombre exitoso. Sin embargo, sobre todo enseñó la justificación del éxito. Válido sí, pero solo cuando se obtiene con un proceder noble.

Falleció en esta casa al ingresar a una Sesión Plenaria.

La desaparición de Ottolenghi provocó una conmoción médica. Un sentimiento de orfandad colectiva en la comunidad ortopédica.

Los Académicos del momento tomaron la sabia decisión de elegir en 1985 al Dr. Eduardo Zancolli para ocupar el Sitial N° 9.

Pretendo comenzar con una tarea en realidad imposible, sintetizarlo: brillante, creativo, innovador, apasionado: un mentor.

La ortopedia argentina se nutrió desde sus comienzos de dos vertientes, una proveniente de Vittorio Putti del Rizzoli y otra de los hermanos Finochietto. Hoy esas dos vertientes confluyen y han enriquecido la ortopedia. La influencia de Eduardo Zancolli en ese sentido ha sido decisiva.

Su primer maestro fue su padre, cirujano de intensa actividad en la ciudad de Chivilcoy.

Se recibió de médico en la Universidad de Buenos Aires. Ingresó como practicante en la Escuela para Graduados del Hospital Rawson dirigida por Ricardo Finochietto. Significó esto una influencia determinante. Encontró su maestro y mentor. Podría decirse que, a partir de entonces, el resto de su vida médica se rigió por la transferencia recibida de ese maestro de la cirugía argentina.

Siguiendo los designios de su carácter inquieto, y ansioso por los conocimientos, viajó a los Estados Unidos. Durante un año concurrió a distintos centros de gran prestigio. Buena parte de ese tiempo en la Clínica Campbell en Memphis, en Nueva York y Chicago donde conoció varios de los grandes ortopedistas del momento.

Regresó al país, y con el conocimiento que tengo de su carácter y determinación, con un propósito. Desarrollar aquí lo aprendido pero con una salvedad, mejorarlo.

Asumió la dirección del Servicio de Ortopedia del Hospital Rawson y finalmente la del Instituto Nacional de Rehabilitación del Lisiado. Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires, pero por encima de cualquier jerarquía, es un docente nato.

Sus contribuciones a la literatura médica, en particular la cirugía de la mano, son un clásico de la ortopedia moderna. No creo exista un cirujano de mano de cierta notoriedad que no conozca sus aportes.

He sido testigo que su famoso libro sobre estructura y bases dinámicas de la cirugía de la mano, es de consulta en las bibliotecas de los centros de mayor prestigio.

Pero sus aportes por fuera de la cirugía de la mano han sido múltiples. Cultiva, practica y enseña el cuestionamiento del procedimiento rutinario, repetitivo. Cualquier problema que aborda lo hace incorporando su razonamiento propio sobre lo ya conocido.

Cultor del arte de la cirugía; respeto de los tejidos su anatomía y función, elabora procedimientos para restaurar lo alterado.

Hábil cirujano. Sin embargo, destaca lo previo a la manualidad, la creatividad.

La más brillante exposición médica que he escuchado fue su conferencia “La creatividad y el bisturí”. Allí analiza en forma apasionante todos los procesos mentales por los que atraviesa el cerebro del cirujano, desde el problema, su interpretación, las alternativas, hasta la elaboración de una estrategia. Un fascinante y crucial viaje hasta llegar a la cirugía misma. Solo realizable por un cirujano de excepción.

Zancolli, continuando el camino de su mentor Finochietto, es seguido por numerosos discípulos, colaboradores y visitantes de diversas partes del mundo. Tiene el privilegio de contar entre ellos con un distinguido ortopedista argentino, su hijo Eduardo Rafael Zancolli y su nieto Eduardo Pablo Zancolli.

He tenido oportunidad de colaborar con él en actividades societarias, y de tener conversaciones sobre su vida y experiencias. Comparto la admiración de sus discípulos.

Al dejar el Sital N^o 9, la Honorable Academia le ha otorgado el merecido título de Académico Emérito.

Intentaré ahora, brevemente, una semblanza compartida de Ottolenghi y Zancolli.

Ambos con dos rasgos determinantes en el médico conductor. Una cultura universal y el ejercicio real de un sentimiento cívico. El primero, necesario para una mente crítica e innovadora. El segundo, una rebelión a no aceptar en nuestro medio solo adelantos recibidos. Ser partícipes del desarrollo, como una contribución cívica a prestigiar su país.

Ottolenghi y Zancolli, dos ilustres ortopedistas inspirados por sus mentores.

Puede decirse, que un líder dirige... un maestro enseña..., y un mentor... un mentor transmite, transfiere algo oculto, y así transforma a quien lo sigue.

El enigma de la transferencia del mentor a su discípulo semeja el enigma que desvela desde siempre a la física y la filosofía: el tiempo. Reflexiona San Agustín en Confesiones "si me preguntan qué es el tiempo lo sé, si me piden que lo explique no podría". Similar a lo que sucede con un mentor. Un mentor transfiere y transforma a sus seguidores, pero no sabría bien cómo explicarlo.

Intentar seguir el camino de Ottolenghi es como subir una empinada montaña sin ver su fin. Si además se trata de seguir lo trazado por Zancolli, es la misma empresa, pero además empujando una pesada piedra.

No encuentro mejor acercamiento al sentido del mentor que el mito griego de Sísifo.

Albert Camus, laureado Nobel de Literatura, como lo hemos referido en otra oportunidad, describe el episodio mitológico de Sísifo. Siendo mortal y amante de la vida engaña a los dioses y obtiene una temporaria inmortalidad. Enterado Zeus lo somete al castigo de subir esa misma montaña y esa piedra en forma eterna.

El sentido del mentor que transfiere a sus seguidores es similar. Empezar la tarea que la vida presente, cualquiera sea, aun con las máximas dificultades, con esfuerzo, determinación, pasión, y convicción, sin certeza del resultado.

Esa transferencia del mentor transforma a sus seguidores, y los induce y conduce a un camino que se les hace irreversible.

SEÑORAS Y SEÑORES

La ortopedia nació como una rama menor de la cirugía. En sus comienzos con el tratamiento de las heridas de guerra, intervenciones mutilantes, y algunas tareas vagamente relacionadas con la barbería de la época. Luego durante años limitada a alinear e inmovilizar fracturas, al uso de rigurosos aparatos ortopédicos para corregir

desviaciones y las complicaciones severas de los miembros con la pérdida del mismo.

La cirugía a partir de comienzos del siglo veinte revolucionó la especialidad. El desarrollo de nuevas técnicas operatorias y el sistemático entrenamiento de cirujanos y sus resultados, jerarquizaron la especialidad. Hoy la ortopedia y traumatología ocupa un lugar destacado en las instituciones dedicadas a la salud.

El cirujano conserva un lugar de importancia, pero formando parte de equipos. Los centros de avanzada cuentan con cirujanos científicos asociados con especialistas en diversas áreas biológicas.

En los países innovadores existen asociaciones de investigación ortopédica y es allí donde se generan los avances futuros. También la tecnología, con el desarrollo de procedimientos artroscópicos y digitales, con planificaciones quirúrgicas virtuales y operaciones con control digital. Esto limita los abordajes y tiempos quirúrgicos. Incrementan la precisión y disminuyen las complicaciones.

El presente y, sobre todo, el futuro, parece apasionante para los próximos cirujanos ortopedistas. En especial para cumplir con el primer y último fin médico, tratar, aliviar y, en lo posible, curar pacientes.

Para finalizar.

Permítanme algunos breves recuerdos y agradecimientos personales.

A los Dres. Claudio Iribarren y Jorge Herrera con quienes compartí las primeras expectativas durante nuestra formación médica. Al Dr. Iván Rafael Ayerza con quien cursé la residencia, y luego recibí su apoyo durante todos los años de práctica ortopédica.

Al Hospital Italiano de Buenos Aires. Por haber hecho realidad lo declamado al fundarse en 1853, conjugar la docencia, asistencia e investigación. A sus sucesivas autoridades, por la visión de otorgar libertad a sus médicos para desarrollar sus talentos o iniciativas individuales, lo que finalmente es de beneficio colectivo.

Al Servicio de Ortopedia, a los maestros con los que colaboré, en especial al Dr. Luis Petracchi, y a TODOS, todos aquellos que colaboraron conmigo al tener el privilegio de dirigir el Servicio y su Centro de Investigaciones.

A mi familia, Isabel, nuestras hijas, yernos y nietos. Es sabido lo difícil que es acompañar la vida de un médico.

Por último, quiero agradecer a las Señoras y Señores Académicos por haberme invitado, posiblemente un descuido, a formar parte de esta ilustre Academia Nacional de Medicina. Me esforzaré para no defraudarlos al ocupar el Sitial N° 9, Carlos Ottolenghi.